

Condenados a entenderse

A pesar de las discrepancias, ni el PSC puede prescindir del PSOE ni Zapatero renunciar a un partido fuerte en Cataluña si quiere permanecer en el Gobierno

KEPA AULESTIA

EL CORREO, 29.06.09

Los socialistas catalanes descubrieron en la noche de las elecciones europeas que, aun ganando los comicios en dicha comunidad, habían perdido 200.000 votos. No se hicieron esperar los reproches cruzados entre los dirigentes del PSC y los del PSOE. Los primeros, imputando el retroceso electoral a la dilación constante de sus propias promesas por parte de José Luis Rodríguez Zapatero. Los segundos, culpando a la renuencia mostrada por los de José Montilla para explicar la política del Gobierno de Madrid. Una situación que tensó aun más las relaciones entre el PSC y la ejecutiva de Ferraz, molesta porque las derrotas en Cataluña se le achaquen siempre al PSOE, mientras las victorias se las llevan los socialistas catalanes. Sin embargo, diez días después, la inauguración de la T-1 del aeropuerto del Prat propició una imagen de sintonía, destacada por la frase del presidente Rodríguez Zapatero: «Ahora, la financiación».

El Partido de los Socialistas de Cataluña es una formación que se declara soberana en sus estatutos, y dice «participar en los órganos decisorios y representativos comunes con el PSOE». De hecho, los socialistas catalanes que se sientan en la dirección del PSOE lo hacen por designación del PSC o admitiendo éste su nombramiento. Eso y la certeza de que la contribución de los diputados del PSC es crucial para asegurar la continuidad en La Moncloa han inducido desde 2004 toda

una serie de gestos y amagos tendentes a hacer valer las tesis del socialismo catalán respecto al PSOE. Pero siempre con un límite, ni Maragall antes ni Montilla ahora podrían llevar al extremo su capacidad para condicionar la política del Gobierno en función de los intereses catalanes sin que ello acabe favoreciendo al Partido Popular en el resto de España y, como consecuencia, se vuelva a modo de boomerang contra el propio PSC.

No cabe duda de que Rodríguez Zapatero se deshizo en su día de Pasqual Maragall, y hay razones para pensar que desearía acabar también con la ascendencia y el liderazgo que José Montilla ejerce entre los socialistas catalanes. Con la salvedad de que en este caso su alternativa no podría ser otro Montilla más dócil sino, directamente, Artur Mas y la devolución de la Generalitat a los convergentes.

Pero a un año del inicio de este su segundo mandato, Rodríguez Zapatero no está en condiciones de provocar la más mínima reacción en el seno del socialismo catalán o entre sus bases electorales. De ahí que el recambio de socio en Cataluña le resulte casi imposible. Porque la más remota sospecha de que Ferraz pretende contar con los diputados del socialismo catalán para optar por una alianza que propicie el regreso de CiU al gobierno de la Generalitat generaría un movimiento imposible de controlar desde Madrid.

Descartada la maquinación descrita, es a Montilla a quien se le vuelve acuciante el problema a cuenta de la financiación. No está en condiciones de admitir una fórmula insatisfactoria, especialmente cuando la crisis agudiza la demanda de gasto social, y tanto la oposición convergente como los otros dos socios del tripartito presionan cada día para que la

rechace. Pero tampoco le resultaría sencillo administrar políticamente un desacuerdo que condujera a la prórroga del sistema actual y al incumplimiento de las previsiones de un Estatuto sobre el que, además, debe pronunciarse el Tribunal Constitucional.

Juego de fuerzas

De ahí que a Montilla no le quede otra salida que obtener de Madrid un pacto que pueda presentar como favorable a Cataluña. De lo contrario, a un año vista de unas autonómicas cuyo adelanto quiere evitar a toda costa, cualquiera de las otras hipótesis apuntadas le conduciría al desastre. Si aceptase mercancía averiada, la denuncia de tal situación comenzaría con la previsible dimisión del consejero Antoni Castells y se extendería a la ruptura del tripartito y al inevitable adelanto de las elecciones previstas para dentro de un año. Si optase por rechazar la oferta del Ejecutivo de Rodríguez Zapatero, le resultaría prácticamente imposible rentabilizar un desacuerdo que sus adversarios presentarían como la evidencia de un fracaso.

El juego de fuerzas en Cataluña gira en torno a las relaciones entre el PSC y el PSOE. Pero lo mismo ocurre con el proyecto socialista para España. Ni los socialistas catalanes pueden prescindir del resto del socialismo español, ni éste puede pensar en un ciclo largo en el Gobierno sin contar con un PSC exitoso. En los comicios del 7 de junio el voto socialista no sólo falló en Cataluña, también lo hizo en Andalucía, en Madrid o en la Comunidad Valenciana. Sin embargo la sensación de que los socialistas catalanes exigen más de lo que dan al PSOE, por injusta que sea la apreciación, se ha asentado en las filas de éste.

Condenados a entenderse, las relaciones entre el socialismo catalán y el representado por Ferraz atraviesan un momento sumamente crítico. Si Rodríguez Zapatero se resiste a ceder ante la obstinación de Montilla en materia de financiación, podría tranquilizar a las demás comunidades, pero conduciría al PSC a una debacle que acabaría entregando la Moncloa a Mariano Rajoy.